

La plenitud y el vacío

Mathieu Menghini, Le Courrier, Chroniques Aventines, 27 septiembre 2014.

Festival de la escena contemporánea, La Bâtie no tiene por qué obedecer al gusto común. Más bien tiene que cuestionar nuestras representaciones y reconfigurar las fronteras que dividen el mundo del arte. Según dicho criterio, esta última edición ha cumplido cabalmente su objetivo. A tal punto que resulta sorprendente el eco suscitado por algunas de las propuestas.

Veamos dos ejemplos.

Breivik's Statement, del director suizo Milo Rau, hizo retumbar en el escenario, durante unos setenta minutos, los motivos esgrimidos por el noruego Anders Behring Breivik para asesinar, en el verano de 2011, a casi ochenta de sus compatriotas –la mayoría, jóvenes de izquierda.

En su alegato Breivik diagnostica la islamización de su país y de Europa. Y le achaca la culpa al “marxismo cultural” y al “multiculturalismo”.

En el dispositivo austero concebido por Rau, una actriz de origen turco, de pie y detrás de un pupitre, lee el texto sin mayor pretensión que la de leerlo claramente. No obstante, da inicio a la lectura mascando chicle y a veces la interrumpe para tomar agua. Además, lleva puesta una camiseta con la efigie de Obama. La camiseta, el chicle, la botella de agua, al igual que la cara de la “intérprete”, bastan para introducir una distancia con la intervención del propio Breivik durante su juicio, celebrado en 2012.

En el debate que tuvo lugar después de la *performance*, una espectadora criticó el empecinamiento de los participantes en discutir sobre el “fondo” –la realidad o el fantasma de la islamización, su naturaleza, los cimientos del multiculturalismo, los riesgos de facilitarle otra tribuna a las ideas de un fanático–, instándolos a centrarse en las opciones estéticas de la obra. A fin de cuentas, lo que sugería era el uso de criterios formales a lo hora de analizar una propuesta que, aunque artística, poseía una fuerte vocación cívica.

El caso opuesto, la lectura moral de una intención estética, se dio, días antes, en lo que ha sido considerado por algunos el “escándalo” del festival: *El Triunfo de la libertad*, de la coreógrafa La Ribot y sus compinches Juan Lorient y Juan Domínguez.

En esta pieza el escenario se presenta prácticamente vacío. Y, desde el comienzo hasta el final de la representación, un texto desfila en tres finas pantallas. El resto se reduce a unos cuantos cables de electricidad y a una maceta con una planta verde –pero esta presencia no es gratuita, pues tendrá repercusión en el texto.

En cambio, no aparece ni siquiera un cuerpo. De ahí el disgusto de los que contaban con la presencia de intérpretes, tal como anunciado en el programa, o de aquellos que hablaban de embuste.

A la frustración de los primeros se puede replicar con que la incertidumbre es inherente a toda creación, que en cierta medida estaba presente el espíritu de los creadores o que no es menos incongruente determinar el precio de la entrada según la masa de carne expuesta...

Para rebatir a los otros sería necesario remitirse un instante al texto de la pieza. Éste evoca las vacaciones de una pareja, Paco y Agueda, que repite, cincuenta años después, el viaje de luna de miel a una isla del Caribe. Y termina asistiendo a un espectáculo prácticamente idéntico: el de un hombre que rompe nueces con su potente falo. El relato del periplo está entrecortado de incisos sobre Gaza, Pessoa, etc. En una de estas digresiones se describe a Louis XVI, la noche del 14 de julio, anotando en su diario de caza: “hoy, nada”.

Mediante un efecto espejo el público se veía incitado a cuestionarse si, esa noche de septiembre de 2014, asistía a una revolución (conceptual) o a una simple vanidad. Lo cierto es que el vacío en el escenario le daba a la sala una consistencia excepcional.

En realidad, quienes se quejaban por la ausencia de cuerpos tenían dos opciones: aparte de las pantallas, que en la imaginación de cada cual podían encarnarse libremente, estaba el público. Un público que compartía una experiencia, por lo general, privada: la lectura. Y era, lo menos que se pueda decir, una lectura especial, incluso embarazosa, que reproducía los insertos de la red en nuestros ordenadores, teléfonos y tablets, mezclando lo pertinente con lo mediocre o lo vulgar. Esa confrontación plural, en vez de solitaria, en un espacio público, y no doméstico, parecía poner en tela de juicio el lugar de las instituciones culturales, recordándonos que una simple reunión de cuerpos modifica toda recepción y en cierta medida la “politiza”.

Por lo tanto, lejos de reducirse a una mera nulidad, la nada era la condición de la activación de los imaginarios y del triunfo de la libertad.

El vanguardismo de Rau y del trío dirigido por La Ribot se debe à una transgresión múltiple: moral, política y estética. Le toca pues al espectador barajar en estos distintos planos.